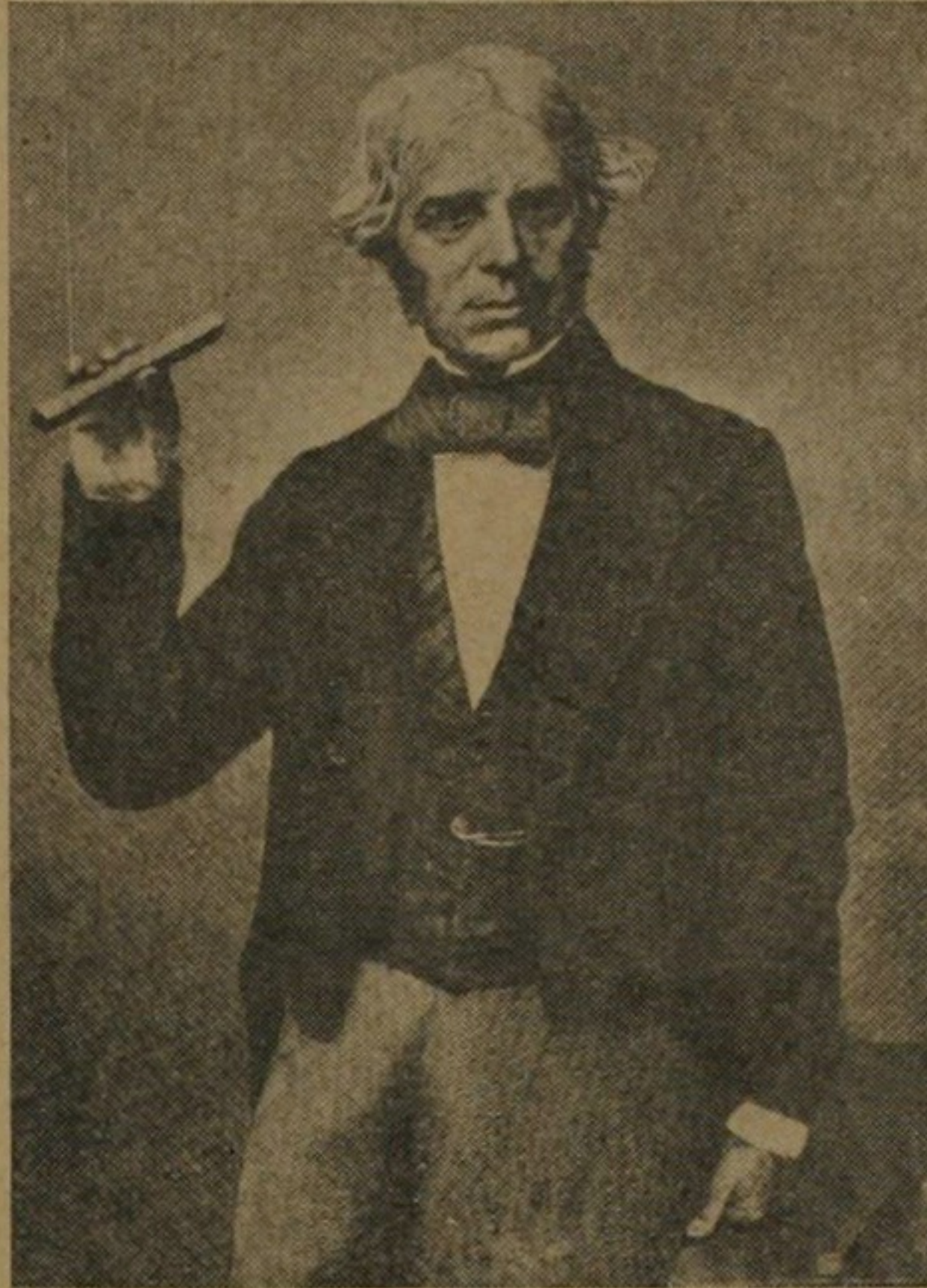


La vida de Faraday, el gran inventor

=De La Nación, Buenos Aires.=

Si hay algún invento del que cabe decir que revolucionó al mundo, ese es, probablemente, el de Miguel Faraday, quien demostró, en agosto de 1831, que las corrientes eléctricas podían ser inducidas. El centenario de la época en que se realizó el descubrimiento, que anticipó el dinamo e, inclusive, todos los sorprendentes progresos que se registraron en el reino de la electricidad durante el siglo XX, se celebra actualmente en el mundo entero con unas proporciones casi sin precedentes.

Pero para mí, y para muchos otros, Faraday no será un gran hombre únicamente por sus investigaciones en casi todas las ramas de la ciencia, sino también porque se negó en forma obstinada a convertir sus conocimientos en dinero. Miguel Faraday era hijo de padres pobres y murió en medio de relativa pobreza. Sus descubrimientos, no obstante, redundaron en patentes que deben haber aportado a otras personas centenares de miles de libras esterlinas. Esta actitud desinteresada del hombre de ciencia guarda completa correspondencia con su vida. El amor a sus semejantes apareció en él mezclado a un amor a la Verdad ya en sus pasos iniciales. Al emprender sus trabajos, en sus primeros tiempos de estudioso se prometió no vender nunca, para su explotación comercial, ningún descubrimiento o invención que creyese susceptible de libre aprovechamiento por la Humanidad.



Miguel Faraday

gran interés por su obra, se desarrolló en condiciones perfectamente felices. A los treinta años de su enlace matrimonial, escribía a su esposa en los términos más afectivos. Una de sus cartas, escrita en Birmingham, en 1848, podría tomarse por cierto, por la epístola de amor de un joven recientemente comprometido, en lugar de la de un marido de 27 años de matrimonio. Faraday rindió, probablemente, a su esposa su cumplimiento más grande al escribir veintiocho años después de su casamiento, que éste fue "un suceso que contribuyó más que ningún otro a mi felicidad terrenal y a mi saludable estado mental".

Faraday no tuvo hijos. Su amor sincero por muchachos y muchachas se revelaba en sus conferencias a la gente joven. Hallaba satisfacción en la compañía de sus sobrinos y sobrinas. Entre mi padre y el gran hombre de ciencia existía un verdadero vínculo de afecto; la admiración de mi padre era ilimitada. Fui obligado a considerarle no sólo como uno de los hombres de ciencia más grandes del mundo, sino también como uno de los "hombres" más grandes. Mi padre nos llevaba todos los domingos a la tumba de Faraday, en el cementerio de Highgate.

A pesar de sus descubrimientos y de la fama que éstos le proporcionaron, Faraday continuó siendo intensamente humano. Alentaba una fe simple y hermosa. Profesó culto en una iglesia sandemaniana y, lo que resulta más curioso, sus descubrimientos científicos sirvieron en mucho para mostrar la verdad de las profecías de Swedenborg, hechas en el siglo XVIII. Swedenborg escribió sobre un bu-

que que viajaría bajo el agua y arrojaría proyectiles a sus enemigos, sobre aparatos voladores "más pesados que el aire" y sobre la comunicación a través de largas distancias sin signos visibles.

El descubrimiento por Faraday del principio de la dinamo hizo posibles el submarino, el aeroplano y la radiotelegrafía, a la par que nos demostró que Swedenborg era un profeta de mayor relieve que lo que cualquiera de nosotros creía.

Las conferencias de Faraday para muchachos y muchachas fueron las primeras en su clase. Él destacó la importancia que revestía la explicación de la ciencia en los términos de la vida corriente a los legos. Charles Dickens, que dirigía el *Household Words*, se sintió tan atraído por sus conferencias acerca de "la ciencia a la hora del desayuno", que le escribió solicitándole permiso para utilizar sus notas en su diario. La corta, aunque interesante correspondencia cambiada entre estos dos hombres, el uno obrero en una fábrica de calzado a la que inmortalizó en la literatura, y aprendiz de encuadernador el otro que era el hombre de ciencia más famoso de sus días, todavía se conserva. Dickens fue un gran admirador de Faraday. Una de sus cartas revela que envió al sabio una de sus novelas en "pobre señal de respeto por su actuación pública y sus servicios".

Las seis conferencias sobre *La historia química de la bujía*, que Faraday pronunció durante las vacaciones de la Nochebuena de 1860, fueron recogidas por W. Crookes, más tarde Sir William Crookes, F. R. S. Es interesante leer cómo empiezan:

"Reclamo el privilegio de hablar a los jóvenes, como joven que soy. Y ahora, muchachos y muchachas" . . .

¿Sorprende que sus jóvenes parientes le adorasen? A lo largo de su vida permaneció siendo un niño en cuanto a corazón. Era capaz de interrumpir una disertación sobre elementos químicos y electricidad, para reírse con una representación de *Punch y Judy*, o comenzar a brincar en plena sala de conferencias.

Deben estimar los hombres de ciencia en su exacto valor los descubrimientos de Faraday. Conducen directamente al cable eléctrico al telégrafo y al teléfono, a la dinamo, al magneto y a muchos otros inventos. Sólo es necesario imaginarse al mundo moderno privado de la electricidad para comprobar la grandeza de los descubrimientos de Faraday. Un mundo sin luces eléctricas, sin calefacción eléctrica, sin teléfonos, sin automóviles, sin aeroplanos y sin radiotelegrafía, ofrecería una impresión muy extraña. Poseo un recuerdo vívido de mi asistencia al teatro Savoy, de Londres, en ocasión en que se instalaba por primera vez la luz eléctrica en un lugar de diversiones. Las luces encerraban

Tyndall ha relatado que Faraday le confesó que, en uno de los períodos de su carrera científica, tuvo que preguntarse definitivamente si haría del dinero o de la ciencia el objeto de su obra. En la elección, se inclinó por la ciencia, a pesar de que después de 1831, época en que empezó a divulgar sus descubrimientos, muchos hombres de negocios le hubiesen pagado miles de libras esterlinas al año, por sus servicios. Su recompensa no consistía en las 10,000 libras esterlinas por año que acaso haya ganado en los últimos treinta años de su vida. Consistía, en cambio, en la gloria de llevar a Gran Bretaña a una situación de nación científica y consiste, asimismo, en el conocimiento de los beneficios que había dado a la civilización, fuese cual fuese el credo o la raza.

Durante treinta años, Faraday ejerció el cargo de consejero de Trinity House y sus observaciones respecto al sueldo de 200 libras indican su actitud.

"Puedo en cualquier momento convertir mi tiempo en dinero—dijo—, pero de este último no requiero más de lo suficiente para atender a las cosas necesarias. Por lo tanto, la suma de doscientas libras esterlinas me basta".

No ha de sorprender que este hombre se conquistase el amor y el afecto de todos los que entraban en relaciones con él. Su vida de casado, a despecho de su